

VIA CRUCIS

Con textos extraídos
de san Alberto Hurtado S.J.

Pablo Fernández-Martos Montero

■ INTRODUCCIÓN ■

PRESENTAMOS las estaciones de vía crucis acompañadas con una selección de textos del padre Alberto Hurtado (1901-1952), santo jesuita chileno que es muy conocido por su apostolado y su labor con los más pobres. Él no escribió un texto sobre cada estación, pero de entre sus escritos hemos seleccionado algunos que pueden ayudar al que practica esta oración a meditar sobre los misterios que encierra el camino del Calvario. Dios quiera que, con la ayuda de este santo, podamos entrar en el Corazón de Cristo en su pasión, y que su lectura pueda ayudar a nuestra conversión, para que amemos más a Jesús al mismo tiempo que damos a conocer un poco más el corazón del padre Hurtado.

■ 1^a ESTACIÓN ■

Jesús es condenado a muerte

- V** Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.
R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Pilato les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?» Contestaron todos: «¡Que lo crucifiquen!» Pilato insistió: «Pues ¿qué mal ha hecho?» Pero ellos gritaban más fuerte: «¡Que lo crucifiquen!» Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Mt 27,22-23. 26

El dolor, la piedra de toque de la perfección, se encuentra en toda la vida de Cristo. Todas las pruebas vienen sobre él para hacer brillar todas las virtudes. Había dicho: «Bienaventurados los pobres», y se le expone desnudo en una cruz; «Bienaventurados los mansos», y es atado a una columna abofeteado, flagelado, sin dejar escapar una queja; «Bienaventurados los misericordiosos», y al ser entregado con un beso, negado por el jefe de sus apóstoles, escupido en el rostro, no tiene más que una frase, una mirada, una palabra de perdón y de amor. «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia», y Jesús, después de haberlo dado todo al mundo, su entendimiento, su corazón, su vida, no recibe sino la infamia de la cruz; y esta cruz la había deseado con un inmenso deseo y la acepta con una íntima entrega al Padre y a los hombres.

- V** Pequé, Señor, peque.
R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 2^a ESTACIÓN ■

Jesús carga con la cruz

V Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!» Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Mt 27,27-31

La vida no es triste, sino alegre; el mundo no es un desierto, sino un jardín; nacemos, no para sufrir, sino para gozar; el fin de esta vida no es morir, sino vivir. ¿Cuál es la filosofía que nos enseña esta doctrina? ¡¡El cristianismo!! «¿Cómo? –preguntará alguna persona escandalizada– ¿Usted pretende cambiar las palabras de Yahvé: Comerás el pan con el sudor de tu frente; darás a luz con dolores; la tierra con esfuerzo entregará sus frutos; tendrás enfermedades y muerte? ¿No decimos acaso en la Salve que esta tierra es un valle de lágrimas? ¿No dijo acaso Jesús que el que quisiera ir tras él tomara su cruz y lo siguiera? ¿Y san Pablo, que no conocía sino a Cristo y a Cristo crucificado?» (cf. Gén 3,16-19; Mt 16,24; 1 Cor 2,2). Sí, todo esto es verdad, verdad sagrada. Pero nada de ello impide que, para el cristiano, esta vida sea camino de alegría, fuente de aguas vivas y frescas que saltan hasta la vida eterna (cf. Jn 7,38), clima de paz, de esa paz que nos dejó Cristo, que el mundo no conoce, pero que es la satisfacción del orden, la saciedad del amor.

V Pequé, Señor, pequé.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 3^a ESTACIÓN ■

Jesús cae por primera vez

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

Is 53,4-6

Notemos que, cuando el Amor todopoderoso al encarnarse entró en este sistema de cosas creadas y se sometió a sus leyes, inmediatamente este adversario del bien y de la verdad, aprovechando la oportunidad, se lanzó sobre esta Carne divina y la rodeó hasta hacerla perecer. La envidia de los fariseos, la traición de Judas y la

demencia del pueblo no eran más que el instrumento y la expresión de la enemistad del pecado contra la Eterna Pureza puesta ahora a su alcance.

El pecado no podía herir a la Divina Majestad, pero podía atormentarlo –como Dios mismo consentía– por intermedio de su humanidad. Y el desenlace del drama, la muerte de Dios encarnado, nos enseña lo que es el pecado en sí mismo y cuál va a ser el fardo que caerá con todo su peso sobre la naturaleza humana de Dios cuando él permita que su naturaleza sea invadida de miedo y terror ante la perspectiva de este asalto.

V Pequé, Señor, peque.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 4^a ESTACIÓN ■

Jesús se encuentra con su madre

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Mira, este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Lc 2,34-35. 51

Jesús tomó cuerpo y alma... Miremos los dolores en su alma inocente. El Hijo de Dios asumió no solo un cuerpo, sino un alma. Él mismo creó el alma que tomó, mientras su cuerpo lo tomó de la carne de la Virgen María. Y así como tomó un cuerpo capaz de ser herido, de ser atormentado, de morir, así también tomó un alma que podía sufrir todos los dolores del alma humana: soledad, angustia, asco...

Los sufrimientos de su cuerpo son más fácilmente percibidos. Baste mirar el crucifijo para penetrarlos... no así los de su alma, que están lejos de toda descripción, y aun de todo pensamiento, y anticiparon sus sufrimientos corporales. La agonía, una pena del alma, fue el primer acto del tremendo sacrificio: «Mi alma está triste hasta la muerte...» No era el cuerpo, sino el alma, el asiento más hondo del dolor del Dios eterno. Todo él sufría, cuerpo y alma, en su cuerpo animado... en su alma incorporada; pero sufría en su cuerpo porque sufría en su alma, y algunos dolores –los espirituales– los padecía primariamente en su alma, único receptáculo de ellos, si bien por la unión se reflejaban también en su cuerpo.

V Pequé, Señor, peque.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 5^a ESTACIÓN ■

El cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Jesús había dicho a sus discípulos: «El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga».

Mt 27,32; 16,24

Y entre todos los hombres, hay algunos a quienes Cristo nos recomienda de forma especial: a sus pobres. «¿Quién es mi prójimo?», le pregunta un doctor de la ley a Jesús, y él le contesta: «Por el camino de Jericó bajaba un pobre hombre... medio muerto... Haz tú lo mismo» (cf. Lc 10,29-37). Y hacer o no hacer estas obras de caridad con el prójimo es tan grave a los ojos de Dios que va a constituir la materia del juicio: Tuve hambre... sed... preso... No «me» disteis... no «me»... (cf. Mt 25,31-46). El prójimo, el pobre en especial, es Cristo en persona. Lo que hiciereis al menor de mis pequeñuelos «a mí» me lo hacéis. El pobre suplementero, el lustrabotas... La mujercita con tuberculosis, piojosa, es Cristo. El borracho... ¡no nos escandalicemos, es Cristo! ¡Insultarlo! ¡Burlarse de él! Despreciarlo ¡es despreciar a Cristo! ¡¡Lo que hiciereis al menor, a mí me lo hacéis!!

V Pequé, Señor, pequeño.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 6^a ESTACIÓN ■

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

No tenía figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado.

Is 53,2-3

El Hijo de Dios al descender del cielo a la tierra se hizo como uno de los obreros, más semejante en sus condiciones de vida a ellos que a mí. Quien a los pobres desprecia a Cristo desprecia. La comunión de los santos no significa solamente la participación de todos los hombres en los bienes sobrenaturales, sino también una disposición a hacer todos los sacrificios que el bien de los demás me exija. San Pablo se consideraba deudor respecto a todos. ¿Nos hemos dado cuenta de que no hemos cancelado esta deuda?

Esta sinceridad y lealtad a las enseñanzas de Jesucristo, tomadas como normas actuales aplicables a Chile, obligatorias para todos los que quieran llamarse cristianos, es la condición básica del apostolado social. Un pagano maravillado al conocer la imagen del Corazón de Jesús con su pecho rasgado, sus manos y costado atravesados por heridas, su rostro inflamado de amor y su gesto de donación total, exclamó: «Cuando los cristianos reflejen en sus vidas el gesto de amor que representa la estatua de su Dios, todos seremos cristianos, pues no podremos resistir a la fuerza de semejante amor». El mundo está cansado de palabras: quiero hechos; quiero ver a los cristianos cumpliendo los dogmas que profesan. ¡Que el número de los que así proceden aumente de día en día!

V Pequé, Señor, pequeño.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 7^a ESTACIÓN ■

Jesús cae por segunda vez

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Yo soy el hombre que ha visto la miseria bajo el látigo de su furor. Él me ha llevado y me ha hecho caminar en tinieblas y sin luz. Ha cercado mis caminos con piedras sillares, ha torcido mis senderos. Ha quebrado mis dientes con guijarro, me ha revolcado en la ceniza.

Lam 3,1-2. 9. 16

Por definición, un cristiano es un candidato al martirio: todos sus intereses, su fortuna, sus amores, sin exceptuar la vida, están subordinados al amor de Cristo. Esto es algo básico en nuestra religión. Los que han creído que el cristianismo es un asilo para salvaguardar su fortuna, su rango, sus virtudes mezquinas y mediocres han tenido que desengañarse. Cristo no es un modelo que haya bajado del cielo para servir de argumento a Leonardo da Vinci ni a Rafael, para que sus cuadros hermoseen los salones; ni subió a la cruz para que su imagen, de marfil o de bronce, adorne un dormitorio; ni envió apóstoles para encantarnos con su elocuencia; vino a reclamar nuestras vidas para elevarlas hasta Dios, sea que las entreguemos gota a gota en el curso de una larga existencia, o que un día nos llegue la ocasión de mostrar que no somos cristianos de parada.

¡Oh, el cristiano verdadero, mucho más que el soldado de las causas terrenas, tan inferiores a las de Cristo, ha de estar siempre dispuesto a seguir el llamado de Cristo que resuena cuando menos se lo espera! Y esta es la última palabra de la doctrina cristiana: no un difícil razonamiento, una teología complicada y sutil; se recibe la última palabra de la doctrina de Cristo cuando uno se decide a poner sus pasos tras los pasos de Jesús, condenado a muerte y marchando inocentemente al suplicio.

V Pequé, Señor, pequé.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 8^a ESTACIÓN ■

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: «Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado». Entonces empezarán a decirles a los montes: «Desplomaos sobre nosotros»; y a las colinas: «Sepultadnos»; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?

Lc 23,28-31

¿He muerto en mi vida? ¿Estoy vivo? ¿Tengo conciencia de estar en gracia de Dios? ¡Qué hermosa ocasión de repasar mi vida, de dolerme y llorar mis culpas! ¿Estoy muerto? Aún mi muerte no es definitiva. Lo será si rechazo la gracia que me llama. Durante esta meditación yo he pensado tal vez como otro joven que se parece bastante a mí, en la pobreza de mi vida por el pecado. Y miro mi vida: tantas ruinas acumuladas, cuando Dios tenía derecho a esperar tanto de mí porque me ha dado tanto... Tomo la cabeza entre las manos y lloro mis faltas... y, al levantarla, veo a mi Padre que me tiende sus brazos, que me echa los brazos al cuello, veo a Jesús que me muestra su Corazón abierto, veo a mi Madre que me muestra a Jesús y me dice: «Él te aguarda, yo rogaré por ti. No temas». Con esta disposición me preparé a una confesión contrita: Padre, yo no soy digno... ¡Hijo!

Madre, ruega por mí. Excitar el dolor. Tomar en serio, en serio esa tragedia que es la muerte a todo. Señor, tú has venido a traer la vida, dame esa vida, dame esa abundancia de vida. ¡Yo quiero vivir!

V Pequé, Señor, peque.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 9^a ESTACIÓN ■

Jesús cae por tercera vez

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud. Que se sienta solitario y silencioso, cuando el Señor se lo impone; que ponga su boca en el polvo: quizás haya esperanza; que tienda la mejilla a quien lo hiere, que se harte de oprobios. Porque el Señor no desecha para siempre a los hombres: si llega a afligir, se apiada luego según su inmenso amor.

Lam 3,27-32

Justicia y caridad se complementan. Una caridad que no tiene la fuerza de movernos a dar a nuestros hermanos lo que les debemos no es verdadera caridad. Y justicia no animada de caridad es, en la práctica, una palabra vana. ¿Cómo podemos esperar que el hombre caído salga de sí mismo y dé a su hermano lo que le debe si no está animado por el fuego de la caridad y el poder de la gracia? Para hacer plenamente justicia a los demás, hay que ponerse en su sitio, comprender sus razones y sus necesidades. Esto es, comprender las dos máximas del evangelio: «No hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran a ti; haz a los otros lo que tú quisieras que hicieran contigo» (Tb 4,15; Lc 6,31).

Apreciar si una obligación es de justicia o de caridad es fácil en doctrina, pero en la práctica es difícil apreciar si mis obligaciones con el prójimo se fundan en un derecho o en el amor. Como norma de acción, siempre que nos sintamos obligados, elevémonos al motivo de amor y obraremos por la más alta de las virtudes que es la caridad. Ha sido la caridad la que ha hecho progresar la justicia.

V Pequé, Señor, peque.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 10^a ESTACIÓN ■

Jesús es despojado de sus vestiduras

- V** Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.
R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo.

Mt 27,33-36

La gran obra de Cristo, que vino a realizar al descender a este mundo, fue la redención de la humanidad. Y esta redención en forma concreta se hizo mediante un sacrificio. Toda la vida del Cristo histórico es un sacrificio y una preparación a la culminación de ese sacrificio por su inmolación cruenta en el Calvario. Toda la vida del Cristo místico no puede ser otra que la del Cristo histórico y ha de tender también hacia el sacrificio, a renovar ese gran momento de la historia de la humanidad que fue la primera Misa, celebrada durante veinte horas, iniciada en el Cenáculo y culminada en el Calvario.

Toda santidad viene de este sacrificio del Calvario, él es el que nos abre las puertas de todos los bienes sobrenaturales. Por él, el bautismo nos incorpora a Cristo, la penitencia nos perdona, la confirmación nos conforta... De aquí que, en realidad, el Calvario haya sido siempre considerado el centro de la vida cristiana; y esas horas en que Cristo estuvo pendiente en la cruz han sido los momentos más preciosos de la historia de la humanidad. Por esas horas se abrieron las puertas del cielo, se confirió la gracia, se redimió el pecado, nos hicimos de nuevo agradables a Dios.

- V** Pequé, Señor, pequé.
R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 11^a ESTACIÓN ■

Jesús muere en la cruz

- V** Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.
R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el Rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban lo injuriaban y decían meneando la cabeza: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos».

Mt 27,37-42

Los fracasos conducen al apóstol hacia Cristo. Todos ellos son un eco del fracaso grande de la cruz, cuando fariseos, saduceos y los poderes establecidos triunfaron visiblemente sobre Jesús. ¿No fue él acaso vestido de blanco y de púrpura, coronado de espinas y crucificado desnudo, con el título ridículo de Rey de los judíos? Los suyos lo habían traicionado o huido. Era el hundimiento de su obra, y

en ese mismo momento Jesús comenzaba su triunfo. Aceptando la muerte, Jesús la dominaba. Al dejarse elevar sobre la cruz, elevaba la humanidad hasta el Padre, realizaba su vocación y cumplía su oficio de Salvador. En esa línea van también nuestros fracasos...

Los fracasos de los que no somos responsables son el eco de la crucifixión de Cristo en nosotros. Nos hacen semejantes, en nuestra alma espiritual y en nuestra sensibilidad, a Cristo. Los otros fracasos, los que hemos merecido por imprevisión, por precipitación, por mediocridad o por orgullo, lejos de abatirnos deben estimularnos. Y como Cristo fue objetivo, fuerte, perseverante, magnánimo, así también nosotros. Esta reflexión, prudencia, fuerza que nos faltaba nos la enseñarán nuestros fracasos, que nos harán así más semejantes a Cristo.

V Pequé, Señor, pequé.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 12^a ESTACIÓN ■

Jesús muere en la cruz

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la recibió como algo propio. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Jn 19,25-30

Ni la muerte misma enturbia la alegría profunda del cristiano. Los antiguos, ¡cómo la temían! ¡La gran derrota! Pallida Mors!, la llama Horacio. En cambio, para el cristiano no es la derrota, sino la victoria: el momento de ver a Dios. Esta vida se nos ha dado para buscar a Dios; la muerte, para hallarlo: la eternidad, para poseerlo. Llega el momento en que, después del camino, se llega al término. El hijo encuentra a su Padre y se echa en sus brazos, brazos que son de amor, y por eso, para nunca cerrarlos, los dejó clavados en su cruz; entra en su costado que, para significar su amor, quedó abierto por la lanza manando de él sangre que redime y agua que purifica (cf. Jn 19,34).

La muerte para el cristiano no es el gran susto, sino la gran esperanza. ¡Felices de nosotros porque hemos de morir! Santa Teresa, san Juan de la Cruz, el padre Vicuña. La señora Vial de Echeverría reúne a toda la familia, se despide; la gran desilusión cuando llegan las seis y todavía el Sagrado Corazón no se la lleva. «Muerte, ¿dónde está tu victoria?, ¿dónde está tu agujón?» (1 Cor 15,55). Por eso, si alguna vez la tristeza nos asalta, basta mirar al cielo para sonreír. Como el Monje aquel que se asomaba a su ventanita y veía el cielo azul, ¡y sonreía! Alma de Cristo...

V Pequé, Señor, pequé.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 13^a ESTACIÓN ■

**Jesús es bajado de la cruz
y puesto en brazos de su madre**

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación... pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran... pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: No le quebrarán un hueso; y en otro lugar la Escritura dice: Mirarán al que traspasaron. Después de esto José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por el miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó.

Jn 19,31. 38

La devoción al Corazón de Cristo y al Corazón de María tiene ese sentido profundo: recordar a los hombres amargados del mundo moderno que por encima de sus dolores hay un Dios que los ama, hay un Dios que es amor (cf. 1 Jn 4,8), un Dios que, cuando ha querido escoger un símbolo para representar el mensaje más sentido de su alma, ha escogido el corazón porque simboliza el amor, el amor hacia ellos, los hombres de esta tierra. Es un amor que no es un vano sentimentalismo, sino un sacrificio recio, duro, que no se detuvo ante las ignominias de las espinas que habían de coronar su frente, los azotes que debían arar sus espaldas, la cruz en la que debía agonizar en penoso martirio y en ella expirar por puro amor.

Y junto a ese Corazón, nos recuerda también que hay otro corazón que nos ama: el Corazón de su Madre, y Madre nuestra, que nos aceptó como hijos al desgarrarse su corazón por espadas de dolor, que recibió un especial encargo de cuidarnos como hijos, cuando su Corazón estaba a punto de partirse de dolor junto a la cruz, al ver cómo sufría el Corazón de Jesús, su Hijo, por nosotros los hombres de esta tierra, redimida por el dolor de un Dios hecho hombre, que quiso asociar a su redención el dolor de su Madre y el de sus fieles.

V Pequé, Señor, pequé.

R Ten piedad y misericordia de mí.

■ 14^a ESTACIÓN ■

Jesús es puesto en el sepulcro

V Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la

entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

Mt 27,59-61

No todo es Viernes Santo. ¡Resucitó Cristo, mi esperanza! «Yo soy la Resurrección» (Jn 11,25). Está el domingo, y esta idea nos debe dominar. En medio de dolores y pruebas... optimismo, confianza y alegría. Siempre alegres: porque Cristo resucitó venciendo la muerte y está sentado a la diestra del Padre. Y es Cristo, mi bien, el que resucitó. Él, mi Padre, mi Amigo, ya no muere. ¡Qué gloria! Así también yo resucitaré «en Cristo Jesús»... y tras estos días de nubarrones veré a Cristo.

Porque cada día que pasa estoy más cerca de Cristo. Las canas... El cielo está muy cerca. Cuando este débil lazo se acabe de romper... «deseo morir y estar con Cristo» (Flp 1,23). Porque Cristo triunfó y la Iglesia triunfará. La piedra del sepulcro y los guardias creyeron haberlo pisoteado. Así sucederá también con nuestra obra cristiana. ¡Triunfará! No son los mayores apóstoles los de más fachada; ni los mejores éxitos los de más apariencia. En la acción cristiana está ¡el éxito de los fracasos! ¡Los triunfos tardíos! En el mundo de lo invisible, lo que en apariencia no sirve es lo que sirve más. Un fracaso completo aceptado de buen grado, más éxito sobrenatural que todos los triunfos.

V Pequé, Señor, pequeé.

R Ten piedad y misericordia de mí.